

Amor y gloria a la rana

Por: César Augusto Romero Aroca
chambi.10@hotmail.com



22

De repente fueron llegando unos y otros, jóvenes desempleados, viejos pensionados, señores perdidos en el cansancio de una larga semana de trabajo, en la que no se les hace divertido compartir los alegatos de una esposa enojada. Imagino que desde tiempos del viejo Egipto, en donde se le atribuía la belleza del nacimiento a la diosa Haket, quien tenía forma de Rana, este animal nunca llegó a ser tan importante, como para una pequeña multitud que encuentra la mejor forma de distraerse, reunirse con amigos y huir un rato de los problemas que los agobia jugando a la Rana.

En el juego, La Reina Rana yace quieta, seria, fría, sin gesto alguno. Es respetada y alabada por sus creyentes con plegarias como "Rana hijuepu..." o "Abríme la boca Rana malpari..." y un sinnúmero de ágiles ofensas teñidas del cariño más profundo por aquel animal de gran boca y mirada fija. Empiezan los brindis con el trago ligero y refrescante de una cerveza, "tomad, que es sangre de ella, la Rana", dice con voz temblorosa y mirada agitada, Jesús Correa, digno discípulo agradecido de lo que el juego de la Rana ha hecho por él. Siendo un pensionado de la policía, Jesús, un peculiar personaje, dedica tarde y noche de un sábado a tomar cervezas y a besar las argollas del juego para que puedan llegar hasta el fondo de la rana.

En un mundo en donde las expresiones culturales andan de parranda, olvidando sus esencias históricas y bellas costumbres, el juego de la rana es la muestra de que las cosas sencillas son exitosas. Este deporte consiste en meter seis argollas en una caja con doce agujeros, incluyendo el de la rana, que se convierte en el animal más anhelado después de tres rondas de cerveza, por ser quien otorga más puntos en el juego.

"Lo bueno de la Rana es que tengo seis argollas sin ni siquiera haberme casado", dice entre risas Graciano Rodríguez, campeón en el año 2005 de Fedecajas, juegos nacionales que se hacen cada año en la reunión de todas las cajas de compensación del país. Con chistes de hombre borracho empieza a pulir puntería aquella noche de sábado en la tienda Surtimodelo, ubicada en la zona rosa del amable y parrandero barrio Ciudad Dorada, de Armenia.

Poco a poco el recinto se convierte en escenario de múltiples risas y nuevos amores, propicio para ahogar las penas y por qué no, llegar a la grandeza de la victoria. Ganar ante la rana es sencillo, gana aquel que haga más puntos en varios turnos de tiro llamados "chicos". El fútbol es deporte de agilidades físicas, el ajedrez de agilidad mental y la rana en su curioso mundo, es de agilidades

matemáticas. Nadie pensaría que ocho hombres a los que la borrachera les dificulta mantenerse en pie, puedan sumar números de tres cifras en sólo un par de segundos.

Como es común en el deporte y más en Colombia, en cada región, pueblo o negocio, las reglas cambian. En las normas de aquellas precipitadas montañas de Santander en donde el tejo y la rana reemplazan cualquier televisor, se suelen respetar reglas como utilizar seis argollas, una rana, y unos cuantos metros de distancia para arrojar el tributo al anfibio. Al ser un juego bastante pasivo y sin rivalidades entre contrincantes, algunas infracciones se pueden dar por alto, por ejemplo, pisar la línea automáticamente descalificaría el tiro, pero en lugares como la tienda Surtimodelo no hay línea y todo es guiado por una mancha rojiza en la baldosa.

La vulgaridad del juego no viene sola. Toda clase de palabras célebres, salen a flote entre el léxico de los lugares humildes en donde se juega a la rana. "Moñona" es la más conocida, que en algunos casos significa meter todas las argollas en la rana y ganar automáticamente el juego, mientras en otros sitios se trata de enganchar una argolla en una especie de puntilla doblada, jugada que tiene un alto grado de dificultad y que también genera la victoria. La idea de hacer puntos atormenta a los jugadores, pues si ninguna argolla cae en algún agujero se le restan puntos y lo más probable es que pierda, titulado la derrota como "blanqueada" o "blanquiada" en su ligero hablar.

Como en cualquier deporte, existen sustancias para mejorar el rendimiento. El doping se utiliza por ejemplo para engañar a los mejores deportistas del mundo, futbolistas, ciclistas y beisbolistas caen en el engaño de una aguja y de una victoria sucia. Como es conocido, la implementación de estas drogas en dichos deportes acarrea sanciones.

En el caso de la rana, no es doping lo que consumen los deportistas, es la cerveza. Aquella botella oscura a la que los jugadores le quitan la etiqueta en la parte de la famosa frase "el alcohol es perjudicial para la salud" y que los hace ir una vez al baño por cada "chico", es la principal gasolina del sencillo juego. En la rana no se sanciona a los jugadores cuando están borrachos, ni tampoco cuando se bogan la mitad de una refrescante cerveza en cada tiro, "los jueces en partidos de campeonatos llegan tomados, más los tragos que les ofrecemos para que entren en confianza", cuenta Graciano, cada vez más ebrio y con más puntería, llenando a la gran Rana de sus amadas argollas.

A este deporte se le envidia poder beber mientras se juega, o hablar de las barbaries de los engaños femeninos mientras se mira fijamente a los secos ojos de la rana, al ritmo de las canciones de Vicente Fernández o Jhonny



Rivera. Por ejemplo Correa y Graciano prefieren las argollas en lugar de un balón, la Surtimodelo en reemplazo del Santiago Bernabéu.

La Rana, en su trono de madera intocable, ordenaba ya un fin del juego, la última veneración llega de sus súbditos, aquellos que entre su humildad y sencillez sacan del poco dinero que ganan, algunos pesos para disfrutar de tan alegre deporte, olvidando por un momento el ritmo acelerado de la vida moderna.

Este deporte de origen criollo, demuestra ser agradecido para sus practicantes, pues el que gana no se lleva el dinero apostado, si no que paga el trago de todos con el monto que a punta de esfuerzo, cervezas y risas pudo recoger. La diosa rana no discrimina, demuestra aceptar sencilleces colombianas como el nombre Graciano, viejos como Jesús Correa, jóvenes curiosos como el autor de esta humilde historia y lectores entusiastas, como usted. ■